

Alberto Lasplaces

EDUARDO

ACEVEDO DIAZ

H

LA CASA del ESTUDIANTE

EDUARDO ACEVEDO 1422-1450

EDUARDO ACEVEDO DÍAZ

Forzosamente he de calificar de romántica a esta vida inquieta y agitada, que se desarrolló casi entera bajo los signos de Marte y de Minerva, en lucha continua contra toriones de carne y hueso, y contra molinos de viento, ennoblecida por ideales ejecutivos y exigentes y remansada en amplios oasis de estudio y de creación literaria. Verdad es que, primer actor en un ambiente indocil e inseguro, atravesado por corrientes de odios inapagables y de rivalidades sin perdón, hubo forzosamente de defenderse y de defender sus ideales con las mismas armas con que fueron atacados. Desde nuestra realidad cívica y social de hoy, son poco comprensibles esos hombres violentos, apasionados, indomebles, que llenaron de gestos y protestas viriles la última mitad del siglo pasado. Hay que cerrar los ojos y lanzarse sin vacilaciones en la sonora y confusa realidad de entonces para que emerjan íntegros con su estatura normal, como grandes peñascos en redor de los cuales las olas rugen y se despedazan. No sé si ellos, adaptados a semejantes circunstancias habituales, se dieron cuenta de la estatura histórica que adquirirían, acrecentada por el espolazo violento de la adversidad que parecía perseguirlos, pero que en realidad perseguían. Pero contemplados desde nuestra serenidad de ahora cobran proporciones heroicas, prestigios legendarios y alimentan en nuestra imaginación interesantes ejemplos que la marcha inexorable del tiempo contribuye a esquematizar, reconcentrándolos en unas cuantas líneas vigorosas y expresivas que adquieren la sólida arquitectura de las estatuas.

Alberto Palomeque nos ofrece un retrato bastante exacto del Acevedo Díaz de la tempestuosa juventud. "Lo conocí un día dice, en la Universidad vieja, con motivo de uno de mis viajes desde

Buenos Aires, en 1872. En el claustro de ese establecimiento le oí hablar con un amigo mío. Discutían sobre historia y tenía fama ya de conocer a fondo esa materia. Usaba entonces una melena criolla y unos cuellos altos, muy abiertos. Su voz ronca y su actitud altanera me impusieron. Mi espíritu quedó cautivado ante aquella figura romántica por excelencia, en la que veía al hombre futuro, capaz de afrontar las mayores responsabilidades. No tenía esa altanería juvenil surgente de la infatuación del quien recién nutre su cerebro y ya se cree un intelectual de primera magnitud. No; su altanería física no era el resultado de su soberbia. Era un exterior natural, heredado puede decirse. Lo mismo habría existido a no tener imaginación de poeta aquel cerebro. No lo extrañen: Acevedo Díaz no ha escapado a la regla general pues ha hecho sus versos. Con el tiempo algo ha aflojado aquella cabeza erguida. Ya no está tan echada hacia atrás ni tan levantada como entonces. Ahora la tiene más inclinada hacia un lado, aunque siempre conservando aquella voz ronca, ahuecada, aquel dedo erguido de profeta inspirado cuando habla a la multitud pendiente de sus palabras calientes y entusiastas. Es un gran talento literario dentro de un organismo que alguien creería de compadrito. Aquella parada, aquella melena, aquella resuelta actitud, aquella misma pobreza que ha rodeado su existencia, como la de tantos otros, en un país donde el talento y la honradez no dan fortuna, me eran simpáticos y me seducían. A su fama de erudito en historia se unía su reciente campaña revolucionaria de 1870 en el ejército de Timoteo Aparicio. Este reivindicaba entonces libertades públicas que el caudillo una vez endiosado y mimado entregaría a los pies de un mal ciudadano. Con aquel caudillo había servido Acevedo Díaz. Como era de esperarse, en su exterior revelaba la soberbia de la juventud que había realizado hazañas, corrido aventuras, sufrido hambre y sed por sus ideas y por sus hermanos. Era uno de los

soldados de las "reivindicaciones históricas" como entonces se decía. Traía en su mente un tesoro de observaciones recogidas durante esas travesías revolucionarias. Había conocido la grandeza del paisaje, sus hombres, sus costumbres, sus dolores, sus tristezas sus alegrías y sus miserias. Y todo eso le serviría para describir y pintar en sus libros grandilocuentes la majestad de nuestra tierra, con coloridos que nadie ha superado en su carácter, ni antes ni después, hasta nuestros días".

Acevedo Díaz nació en la Unión el 20 de Abril de 1851 de una familia adicta al general Oribe. Hizo sus estudios en la Universidad de Montevideo, pero hubo de interrumpir la carrera de Derecho que había comenzado para enrolarse en las filas de Timoteo Aparicio cuando éste a la cabeza del partido blanco se rebeló contra el Presidente Lorenzo Batlle. Terminada la guerra, se dedicó por entero a la política y al periodismo político, fundando "La República", diario de poca difusión como todos los de aquella época, pero escrito en lenguaje violento y altisonante como que estaba destinado a soliviantar los espíritus. Más tarde figuró en las redacciones de "El Estudio de Defensa Libre" y en "La revista uruguaya" orientando irresistiblemente estas publicaciones bajo el impulso de su robusta personalidad. Resultado de su propaganda fué su destierro del país en compañía de otros distinguidos ciudadanos.

Cuando estalló la revolución llamada "Tricolor" Acevedo Díaz estaba entre los revolucionarios, los que perseguidos por las fuerzas de Latorre y Timoteo Aparicio hubieron de refugiarse en el Brasil. De allí volvió a la Argentina y se radicó en Dolores. Volvió al Uruguay poco después pero habiendo incurrido en la misma conducta de siempre uno de sus artículos de "La Democracia" provocó su segundo destierro, éste mucho más prolongado que el primero. De Dolores se trasladó a Florencio Varela en donde desempeñó durante varios años el cargo de Inspector de Escuelas, que hizo pasa-

ble su vida y la de su familia -pues se había casado con una distinguida dama argentina-, y más tarde a La Plata. De allí no volvió hasta 1895, fundando inmediatamente "El Nacional", con el cual hizo una de las campañas periodísticas más sensacionales que se recuerdan en la historia del país, y que dió por resultado en primer término el estallido de la revolución nacionalista encabezada por Diego Lomas y Aparicio Saravia, y después el asesinato del Presidente Iriarte Borda el 25 de Agosto de 1897. Poco a la paz, Acevedo Díaz se convirtió en uno de los más prestigiosos personajes de su partido y del país, pero la elección presidencial de 1903 había de divorciarlo definitivamente de sus correligionarios y de la política. Inmediatamente de ser electo el señor Batlle y Ordóñez, Acevedo Díaz se alejó del Uruguay para no volver ya. Desde entonces hasta su muerte ocurrida en 1924, desempeñó cargos diplomáticos, en Estados Unidos, Méjico, Cuba, Argentina, Paraguay, Italia, Suiza, Brasil, Austria y Hungría. Un silencio enorme, no levantado aún, cayó sobre su nombre, y los que en un momento lo endiosaron elevándolo hasta la cúspide de la popularidad, renegaron después de él viradamente. Su dedicación a la diplomacia en el ocaso de su vida tumultosa y atormentada, fué una especie de nuevo, melancólico y definitivo destierro de su patria, a la que amó con tan apasionado afecto. Así fue como este hombre que intervino en forma tan decisiva en nuestros acontecimientos políticos hasta el punto de haber torcido dos veces el curso de nuestra historia, -en 1897 y en 1903-, y que fué el escritor más terruñero, autóctono, nacional que ha existido hasta el presente, hubo de pasar la mayor parte de su vida alejado de su país, arrastrando bajo otros cielos su profundo cariño, su devoción siempre encendida, su tristeza irredimible, condenado como los héroes antiguos por una divinidad inexorable o por un hado fatal, a suspirar inútilmente por la posesión de un bien del que había hecho la razón primordial de su

existencia.

Sin necesidad de recurrir al criterio de Taine, inspirado en un rígido concepto determinista, se impone la explicación de la obra literaria de Acevedo Díaz, como consecuencia de la intervención decisiva de algunos factores históricos y de ambiente, sin los cuales ella sería incomprendible. Fuera de lo que cada hombre trae en sí, fuera de aquello de que es único portador, único mensajero, no pueden desdeñarse las circunstancias, el medio social y hasta el medio físico en que se mueve. Después de un largo estudio de su vida y de su obra, he llegado a la convicción de que en Acevedo Díaz había, ante todo y sobretodo, un temperamento político. Recorriendo las páginas de sus novelas, que lo muestran en su faz literaria -salvo "Brenda" y "Soledad"-, es fácil extraer de sus tramas y de su desarrollo, el propósito fundamental que les dió vida. Hay en ellas ciertas preocupaciones evidentes, mantenidas desde el primer capítulo hasta el último, que lo descubren sin esfuerzo ante el menos despierto de sus lectores. Quizá esa sea una de las razones por las cuales las novelas de este escritor no hayan alcanzado el renombre que se merecían por sus quilates literarios y la excelencia de sus reconstrucciones históricas. Nacido para el combate, influido soberanamente por la época postromántica, impulsado por ásperos descos de venganza, y heredero de una tradición familiar fija, Acevedo Díaz fué siempre, por inclinación natural y por impulso de la voluntad, un hombre de lucha, un conductor de muchedumbres de los que no se resignan jamás a un papel o a una actuación de segunda fila. Dotado de un amor propio inmenso, nunca pudo admitir que la razón no fuera su razón, que la verdad no fuera su verdad. Por eso su vida entera fué una constante inquietud, una perpetua disputa contra sus enemigos y contra sus amigos, una rebeldía perenne y sistemática contra algo, contra realidades y contra quimeras, contra hombres y contra fantasmas. Alguien dijo alguna vez que

todos los orientales habían sido soldados y periodistas. Evidentemente esta sentencia es la exageración de una verdad. Pero ella parece haber sido inspirada por la personalidad brillante y tumultuosa de Acevedo Díaz, el cual encarnó en toda su magnitud semejante síntesis, desde que fué soldado y periodista siempre, enparentando de tal modo ambas actividades desde su punto de partida hasta sus efectos que bien puede decirse que llegaron a constituir a lo largo de su vida, la misma actividad única. La pluma y la espada fueron para él dos instrumentos para alcanzar el mismo ideal, que manejó con igual audacia y desenvoltura y que le proporcionaron las mismas glorias y amarguras, éxitos y desencantos. Actuando en un ambiente desorbitado, él también se desorbitó y de ahí que dilapidara sin prudencia ni contralor la gran riqueza de su espíritu, que como todo tenía fin. La suya fué la tragedia de muchos en estas tierras nuevas tan bien clasificadas por la agudeza de Ortega y Gasset. Los hombres se dedican a demasiadas cosas para poder vivir, se multiplican y se anulan, porque las grandes causas son implacables con quienes no se entregan absolutamente a ellas. La improvisación y la superficialidad son nuestras características, impuestas inexorablemente por las circunstancias. Acevedo Díaz fué escritor -y eso es lo único que me interesa en la presente ocasión- sólo cuando las circunstancias no le permitieron ser un político o un periodista. Por eso mismo, es muy probable que no lo recordáramos hoy como tal, si en vez de haber sido desterrado en dos ocasiones a la Argentina, hubiera permanecido siempre en su país, en medio de la sonora tromba de la lucha que tanto amaba. La casi totalidad de sus novelas, y sobre todo las mejores, las escribió en el destierro, en Dolores, en Florencio Varela o en La Plata, para entretener sus ocios y recordar su tierra nativa, que en él fué obsesión casi enfermiza, casi patológica, como la que esos hombres adictos hasta la muerte sienten por la mujer que

los desprecia o hace sufrir. Rodeado de sus afectos familiares, en la tranquilidad de aquellas localidades pacíficas que surgían recién del humus rico de la pampa, para llenar horas grises e iguales, Acevedo Díaz tomó la pluma y escribió sus novelas en las cuales llevó intactos sus amores y sus odios políticos. Lejos del terruño, vivía en el terruño, sumido en él en la imaginación y en la memoria, llenos los ojos de sus paisajes que en la lejanía cobraban mayor nitidez y encanto. Los libros de su historia, viejos cronicones de la época heroica de la independencia, apolilladas y modestas gacetas, decretos, partes, mensajes, cartas, de todo se acumulaba sobre su mesa de trabajo y desbordada en sus bibliotecas. A pesar de su cultura europea, de su constante contacto con novedades científicas y literarias, de su curiosidad siempre en hervor y en guardia, en sus novelas no figuraron sino paisajes de su Uruguay, nombres reales o ficticios de su Uruguay, evocaciones y descripciones de su Uruguay. Por eso puede afirmarse que Acevedo Díaz fue el primer escritor nacionalista, en el sentido literario, de nuestra historia. Antes que él no hubo novelistas, ni después de él hubo quien recogiera su herencia, ya que Javier de Viana debe ser clasificado entre los costumbristas. La novela histórica surgió y murió con él, y nadie después de él ha sido capaz de resucitar el género, lleno de acechanzas y peligros y que obliga a largos y penosos trabajos de documentación que no siempre fructifican. Esa posición privilegiada hace que su personalidad siempre viviente emerja alta y solitaria en el campo de nuestras letras como una montaña aislada en un cinturón de llanuras, y que no sea posible tentar la empresa de escribir una historia literaria de nuestro país sin hacerle en ella el lugar que le corresponde, un ancho sitio en el que puedan brillar sus originales excelencias y sus característicos defectos, que unas y otros son imprescindibles y le dan fisonomía propia e inconfundible, sabor par-

titular y gloria imperecedera.

Cronológicamente la primera novela de Acevedo Díaz fué "Brenda", expresamente escrita para "La Nación" de Buenos Aires en el folletín del cual apareció, habiéndose impreso después una edición que se agotó rápidamente. A pesar de la preferencia que siempre demostró el novelista por esa primera obra de su ingenio, no queda duda ninguna que es la que menos valores literarios y de otro orden contiene. Trátase de una larga narración de los amores de Raún Henares y Brenda Delfor, en el Montevideo del decenio 1870-1880, y que termina, como era de práctica entonces en todas las novelas de corte romántico, en un casamiento. Diálogos interminables y enfáticos, en que los personajes hablan con términos rebuscados y demuestran poseer una cultura enciclopédica; discusiones científicas y digresiones de la misma clase por el menor motivo, que llenan páginas y páginas. Exceso en el detalle, en lo insignificante, conversaciones sin interés y sin brío que se arrastran pesadamente. Todo esto en redor de una trama sin mayor novedad en que el novelista, a pesar de las quinientas páginas del libro, no logra ofrecernos un carácter bien delineado, una personalidad que se destaque con rasgos propios, una escena de verdadera emoción. Fuera de esto hay en Brenda algunas descripciones muy animadas que dan idea exacta de lo que era el Montevideo de aquellos tiempos: el paseo del Paso Molino y del Prado que realizaban las familias que veraneaban en las quintas de aquel encantador lugar de recreo y descanso; un dos de noviembre, día de los muertos, a lo largo de las calles 18 de Julio y Yaguarón, por las que en dirección al Cementerio Central desfilaban llevando piadosas ofrendas floridas todas las familias de la ciudad; el barrio de los pescadores, situado a lo largo de los restos de las fortificaciones meridionales, en donde desembocan las calles de Andes y Florida; la costa desierta entonces, cercana al puerto del Buceo; los montes de Carrasco, lugar

favorito de los cazadores montevidéanos, etc. Algunas escenas dramáticas están también descritas con mano firme y ruda, como aquella en que Raúl Henares se lanza con su "break" a toda carrera para salvar a Brenda y su amiga Areba cuyo tronco se ha desbocado expresamente para establecer entre los dos jóvenes héroes de la narración un conocimiento y una amistad que hasta ese momento no habían existido; la muerte del pescador Gerardo y de Cantarela, la mujer ingrata que él ama y que con un abrazo mortal se lleva entre convulsiones epilépticas al fondo del mar vengador. Figura simpática y pintoresca, aunque de evidente artificiosidad es la de Zambique, el viejo negro liberto, tocador de marimba, vestido eternamente de pantalón corto, camisa rayada a listas rojas, levita negra de doble botonadura, sombrero alto de felpa en forma de tubo, y naturalmente, siempre descalzo. Zambique habita en la quinta de Brenda, una especie de choza africana de adobe y paja, de forma cónica, y se dedica a buscar yerbas medicinales, y él también, dentro de su humildad y su insignificancia representará algún papel en los amores entre su bella ama y el gallardo ingeniero.

Esta novela, de corte romántico, presenta todos los defectos de las de su género, ya que ni aún le falta una revelación sensacional que en su lecho de muerte hace a Brenda su protectora, la que la ha criado como hija, pues Brenda es huérfana. Raúl Henares, es, nada menos que el matador del padre de su amada, y eso tiende un espantable abismo entre los dos enamorados, con gran contento del doctor Lastener de Selis, enamorado también de la huérfana. Pero como las cosas deben terminar bien, para los protagonistas por lo menos, Henares podrá comprobar que ese episodio ocurrió en plena batalla en una de nuestras guerras civiles, y quedará purificado de su horrendo crimen.

Si bien "Brenda" constituyó un éxito de público para Acevedo Díaz, y con ella comenzó a

formarse su reputación de escritor, en los círculos literarios, sobre todo en los jóvenes que ya comenzaban a impregnarse del realismo y del naturalismo triunfantes en Francia, no mereció idéntica acogida. De ello estuvo siempre quejoso Acevedo Díaz, que resistió años después a que se la incluyera en una edición de sus obras completas editadas en el país. "Resultó Brenda, -explicaba entonces-, vestida de tules, y para los malos hados pareció monja que dejaba el claustro y se aventuraba en mundo ya muerto para ella en alas de un misticismo que sólo vivía entre cuatro muros, entre rejas, entre éxtasis y salmos, sin lazos ni vínculo alguno con las luchas y las tempestades de la vida, sola en sus ensueños virginales, única en sus raptos de delirio, sin ejemplo en sus austeras castidades, sobre blanca de los lagos de leyenda más que hechura humana de plácida belleza. Y como notase que la desconocían y desairaban donde pudo aparecer amable ficción siquiera; que la repudiaban como a ente no esculpido en carne o fundido en molde vulgar estructura, ocurrióseme y en mis adentros le dirigí esta frase que el gran poeta inglés pone en boca de uno de sus héroes más románticos, y acaso el más humano, dirigida a la pobre doncella de dorada cabellera y alma de candores que le brindaba el tesoro de sus cariños entrañables; frase que Salvini dejaba escapar de sus labios con la solemne entonación de una sentencia de muerte: "va in un convento..."

"Ismael" abre, cronológicamente, la serie de novelas históricas de Acevedo Díaz. Como "Brenda" encontró primera acogida en un diario de Buenos Aires, que esta vez fue "Tribuna". A mi juicio se trata de su mejor obra, la más completa, la más original, la mejor lograda, la que ofrece mayor interés por su trama y la más perfecta en el estilo. Como casi todas sus novelas se inicia por un capítulo descriptivo referente al Montevideo colonial de fines de 1808. Vale la pena transcribir algo de esa descripción hecha a tra- }?

zos sobrios y con estilo enérgico y adecuado. Después de las agitaciones producidas en el ambiente por la invasión y expulsión de los ingleses en las que a la "muy fiel y reconquistadora ciudad" cupo tan lucido papel, dice el novelista:

"Volvieron los portones a cerrarse con rumor de cadenas, reinstaláronse las guardias en baterías, flancos, ángulos y cubos; absorbieron en su ancho vientre las casernas de granito pólvora y balas; lució el soldado del Fijo su sombrero elástico con coleta, en la plataforma de los baluartes; y en pos de las borrascas parciales y de las batallas gloriosas... siguióse la vida antigua, la eterna velada colonial.

La ciudad como toda plaza fuerte en la que hay que reservar más espacio a un cañón con cureña que a una casa de familia, y mayor terreno a un cuartel o a un parque de armas que a un colegio o instituto científico, no poseía a principio del siglo ningún edificio ni palacio notable. Dominaban el recinto las construcciones militares, las murallas de colosal fábrica de piedra, la sombría ciudadela, las casernas ciclópeas a prueba de bomba, las macizas ramplas costaneras y los cubos formidables. La artillería de hierro y bronce, aquellas piezas de pesado montaje cuya anima frotaba de continuo el escobillón, asomaban sus bocas negras a lo largo de los muros y ochavas de los torreones, por doquiera que se mirase ese erizo de metal fundido, desde las quebradas, matorrales y espesos boscajes que circúan la línea de defensa y las proximidades de los fosos. Este asilo de Marte presentaba en su interior un aspecto extraño: calles angostas y fangosas, verdaderas vías para la marcha de los tercios en columna, entre paralelas de casas bajas con techos de teja; una plaza sin adornos en que crecía la yerba, en cuyo ángulo a la parte del Oeste se elevaba la obra de la Matriz de ladrillo desnudo, teniendo a su frente la mole gris del cabildo; algo hacia el norte el convento de San Francisco con sus grandes tapias resguardando el huerto y

el cementerio, su plazoleta enrejada, su campanario sin elevación como un nido de cuervos, y sus frailes de capucha y sandalia, vagabundos en la sombra; luego el caserío monótono de techumbre roja y encima de la ribera arenosa unas bóvedas cenicientas semejantes a templos orientales que eran casernas de depósito con su cuerpo de guardia de pardos granaderos.

"Desde allí dominando el anfiteatro y la bahía en que echaban el ancla las fragatas, divisábase la fortaleza del Cerro, como el morrión negro de un gigante, aislada, muda, siniestra, verdadera imagen del sistema colonial, con un frente a la vasta zona marina vigilando el paso de las escuadras, cuyo derrotero transmitía su telégrafo de señales, y con otro hacia el desierto, al acecho del peligro jamás conjurado de la tierra del charrúa".

En esta ciudad apacible, adormecida en la monótona centinela de las olas que la cercan por tres lados, no todo es adormecimiento y apacibilidad en los espíritus. Las invasiones inglesas y la invasión de España por Napoleón, han traído inquietudes inesperadas preocupaciones desconocidas. En la plazoleta de San Francisco, un grupo considerable en el que figuran varios oficiales del regimiento de los Verdes debate con calor sobre el Cabildo Abierto y la elección de la Junta. Las nuevas de España agitan aquí como en las demás ciudades de la América Hispánica, todos los ánimos, de militares como de civiles, de peninsulares como de criollos. El gobernador Elio acaba de rechazar violentamente a Michelena nombrado por Liniers y se declara en plena rebelión contra el Virrey. De los diálogos se desprende claro el propósito de Acevedo Díaz, que no es otro que el de probar que el primer movimiento de disgregación colonial lo efectuó, mucho antes que Buenos Aires, Montevideo, con su Cabildo Abierto de 1808, disputa de campanario a la que no se pudo sustraer el novelista, a pesar de hallarse refugiado en el momento en que escribía en tierra

argentina. En el patio del convento los frailes, unos españoles y los otros criollos arrastrados por el apasionamiento general, siguen discutiendo. Fray Francisco Carballo conversa con el capitán Pecheco y con un oficial de Blandengues, parco en palabras e insensible a la fría atmósfera del declinar de aquel día primaveral de 1808. Ese oficial no es otro que Artigas. "Representaba cuarenta años. De estatura regular y compleción fuerte, nada existía en su persona que llamara a primera vista el interés de un observador. Era un hombre de físico agradable, blanca epidermis, aunque algo rosada por el sol y el viento de los campos, cuello recto sobre un tronco firme, cabellera de onda recogida en trenza de un color casi rubio y miembros robustos conformados a su pecho saliente y al dorso fornido. Podíanse notar, no obstante, en aquella cabeza, ciertos rasgos que denunciaban nobleza de raza y voluntad enérgica. El ángulo facial bien media el ángulo máximo exigible en la estatuaria antigua. Su cráneo semejaba una cúpula espaciosa, el coronal enhiesto, la frente amplia como un zona, el conjunto de las piezas correcto, formando una bóveda soberbia. La notable curvatura de su nariz acentuaba vigorosamente los dos arcos del frontal sobre las cuencas, como un pico de cóndor, dando al rostro una expresión severa y varonil; y en su boca de labios poco abultados, dóciles siempre a la sonrisa leve y fría, las comisuras formaban dos ángulos casi oblicuos por una tracción natural de los músculos. Sin poseer toda la pureza del color, sus ojos eran azules, de pupila honda e iris circuido de estriás oscuras, de mirar penetrante y escudriñador, comúnmente de flanco; nutridas las cejas, en perpetuo motín entre las dos fosas ojivales, bigote espartano, barba de rales hebras, pomulos pronunciados, perfecto el óvalo del rostro. De temperamento bilioso, esparciase por la fisonomía cuyos perfiles delineamos, como un reflejo de cordiales sentimientos o de índole suave y amable, que contrastaba singular-

mente con el vigor de esos perfiles. La misma mirada pensativa, y vaga a veces, al contraerse la pupila al influjo de una absorción pasajera del ánimo, tenía una expresión amable y benigna, la que puede transmitir la experiencia de una vida ya desvanecida de azares y tormentas. Si el oficial de blandengues los había sufrido, no lo denunciaban manchas, cicatrices o mordeduras en sus facciones; era su tez pálida pero no marchita; no era tersa, pero tampoco hoyosa ni rajada. De las aventuras de juventud, sólo en su frente abierta y extensa había quedado algún surco, más bien formado antes que por los males físicos, por el pensar consciente de lo que la vida enseña".

He transcripto estos párrafos, porque ellos constituyen quizá el único retrato literario que poseemos de Artigas, del Artigas simple oficial de Blandengues, que no puedo aún ni soñar en la gloria que el porvenir le reserva. Por otra parte, ya no nos volveremos a encontrar con el guerrillero a través de toda la obra novelesca de Acevedo Díaz. Asomará un instante, en esa fresca tarde de primavera de 1808, dentro de su casaquilla reglamentaria sereno e impassible y casi como extraño a lo que sucede en su redor, sin demostrar en su conversación mayor grado de cultura e ilustración, escuchará hablar a sus locuaces interlocutores, el fraile y el capitán, y desaparecerá después silenciosa y enigmáticamente, perdiéndose en la niebla que comienza a condensarse en la plaza como un fantasma. Nadie se explica porque razón la vida atormentada y prodigiosa de ese caudillo, representativo de una raza, de un pueblo y de una época, no inspiró a Acevedo Díaz más páginas en sus narraciones originales, mitad historia, mitad fantasía. En cambio, el Primer Jefe de los Orientales le dio tema para un apasionado y vibrante alegato en su defensa, tituló: "El mito del Plata".

(X) Del Montevideo colonial en que comienzan a sentirse casi imperceptibles estremecimientos que más tarde darán en tierra con el régimen, pasamos

a la plena campaña de entonces, casi desierta, hembra arisca por cuya posesión luchan todavía el indio libre e indomable, el "tupamaro", criollo tan libre y tan indomable como el indio, y los representantes armados de la autoridad española refugiada tras los muros espesos de las plazas fuertes. En las márgenes del Río Negro a pocas leguas del Paso Ramirez, trabamos conocimiento con el protagonista de la narración, Ismael Velarde, gauchito joven, de veintidós años apenas, de bozo ligero sombreándole el labio grueso y encendido, cabello castaño y ensortijado que le cae sobre los hombros en forma de melena, de facciones tostadas por el sol y el viento de los campos, de ojos pardos de mirar firme y sereno, de frente ancha, horizonte para los profundos anhelos y sombríos ideales de la libertad salvaje. "Sobre su cabeza -dice Acevedo Díaz- flotaba el ala del sombrero como la de un pájaro selvático que se agitate siempre en el aire desconfiando de las acechanzas del suelo". Completa al gaucho, vestido impecablemente a la usanza campera de entonces, el caballo piafador de gran alzada, cabeza pequeña y narices bien abiertas y rojas. Ismael Velarde huye de la policía y se refugia en los espesos montes de aquel río para eludir la acción de la justicia. Por amor a Felisa, una linda criolla de la estancia de Alvar Fuentes, sobre el Santa Lucía, ha herido en duelo criollo al mayordomo español Almagro, el cual, como todos los españoles de aquellos tiempos siente un gran desprecio por los hijos del país, sobre todo por los tupamaros, hombres sin hogar que no se someten a ninguna disciplina. Antes de esto se descubre la vida primitiva y pintoresca de la estancia, verdadero islote en medio del mar de los campos hostiles, y se describen animadamente sus escenas habituales. Felisa, hija del estanciero es pretendida por Almagro, por interés, naturalmente, pero ella se siente irresistiblemente atraída por Ismael, gaucho de rizo^s blondos, ojos pardos, y boca de careza siempre hura-

ño y solo, siempre callado y misterioso, alejándose de los demás fuera de las faenas del día, y tañedor hábil y dulce de guitarra, cuyos tonos quejumbrosos acompañan sus cantos, siempre melancólicos. No es la única vez que Acevedo Díaz presenta ese tipo entre varonil y afeminado, rudo y suave, toro y felino, hecho según su criterio al gusto de la imaginación de las vírgenes campesinas. Suena la guitarra de Ismael en la enramada o en la tahona y la criolla siente latir bajo su bata de percal su pecho ansioso. La hosquedad del gaucho altanero atrae aún más a la paisana que una noche lo va a buscar, casi inconsciente, como empujada por una fuerza instintiva sobre la que no puede ejercer contralor. Allí, en pleno idilio de mieles y zarpazos, en la complicidad de la noche y del silencio, los sorprende Almagro, y el pleito termina como siempre en aquellos tiempos, a facón limpio, en lucha elástica y sin gruñidos, de panteras, Vence Ismael, pero esa victoria lo aleja del pago, y huye sin llevarse la prenda, acompañado tan solo por su fiel aparcerero Aldama, que es como su sombra buena.

En ese tipo de Ismael, que después veremos arrastrar su melancolía, su bravura y sus lirismos a través de los fogones de la gran patriada, hay, fuera de toda duda, mucha literatura. Ello es bien explicable desde que Acevedo Díaz no quiso ofrecernos en él un personaje sino un tipo; no un hombre sino una condensación. Ismael es el tupamaro clásico, el criollo puro, hijo del azar y de la libertad, que no aguanta sumisiones ni disciplinas y cuyo más gran placer es recorrer al trote lento de su pingo las cuchillas del país, salvar los pasos y las picadas, hundirse en los grandes montes impenetrables, solo casi siempre, rumiando sus pocos recuerdos, siempre dispuesto a una pelea o a una fiesta, enamorado y olvidado, pulcro en su persona y en su flete, cantor por naturaleza, sobrio, sufrido y valiente. Nacido y criado bajo el ancho cielo sin barreras no hay para él limitaciones ni alambrados y si

encuentra un obstáculo no lo reconoce sino como una incitación a su habilidad y a su esfuerzo para vencerlo. Ismael es el protagonista oscuro y pintoresco de esta novela, y en él ha querido el escritor encarnar el pueblo anónimo, el soldado desconocido diríamos ahora, que hizo posible con su coraje y su sangre la gigantesca epopeya de nuestra independencia política. Acevedo Díaz lo toma en su primera mocedad, porque piensa desde ya evocarlo de nuevo en sus novelas siguientes, como para reforzar su parentesco, su unidad histórica, con este eslabón de poesía que las hermanará más estrechamente. A su lado, se moverán personajes reales: el bravo Torgués, el jovial Viera, Benavides, Balta Vargas, Manuel Francisco Artigas, Frutos Rivera, etc., cuyas vidas aventureras y heroicas hubieran podido muy bien ser el centro de la narración. Pero Acevedo Díaz prefirió que lo fuera su gaucho ficticio, que al mismo tiempo es "el gaucho", que tiene algo de todos ellos, que los representa a todos sin particularizar a ninguno, que encarna el espíritu de la raza y del terruño en una creación humilde y sin historia, sin talle suficiente como para destacarse y ser glorificado independientemente, pero ennoblecido por todas las virtudes que tienen curso en la colectividad y en el tiempo en que vive. Hombre y pueblo a la vez, fantasía vivificada con los atributos perdurables de la realidad, lo que da una solidez granítica que le hace desafiar sin temor el desgaste del tiempo.

Otro de los protagonistas de esta obra, y de todas las narraciones históricas de Acevedo Díaz, es la Naturaleza. La inmensa mayoría de las novelas de esa clase, ya sean obras tan meditadas y valiosas como "Salambó", ya relatos folletinescos como "Los tres mosqueteros", están casi completamente desprovistas de paisaje. Acevedo Díaz toma una dirección distinta y completa a sus personajes con la descripción del medio físico en que se mueven. Los accidentes naturales cobran

Naturaleza

así una personalidad propia y más que servir de decoración de escena al ir y venir de sus héroes, son un personaje más que los compenetra, explica y hasta magnifica. El gaucho, producto sin esfuerzo del medio en que vive, no puede comprenderse sin conocerse el país que lo ha engendrado tanto como al ombú y al puma, a las cuchillas y al pampero. De ahí esas descripciones, que a veces llegan a ser fatigosas por lo minuciosas, de los paisajes terruñeros de aquellos tiempos en que casi desierto el país conservaban todavía su áspero sabor virgen, su primitivo esplendor, su encanto penetrante de cosa intocada y misteriosa.

Particular cariño ha puesto Acevedo Díaz en la descripción de los montes, seguro refugio de matrones, que encierran en una noble muralla de verde y protector follaje el curso lento de nuestros ríos. Ismael, perseguido por un destacamento de caballería después de su pelea con Almagro, penetra en los montes del Río Negro como quien traspone una frontera, sabiendo bien que los soldados no se atreverán a seguirlo en aquel laberinto que lo oculta a sus ojos y en el cual se sentirá completamente seguro. El campo libre, explica el gaucho; el monte espeso y misterioso es el hogar del matronero como el rido es el del pájaro:

"Ya en la orilla de la selva, el jinete moderó el paso, recorriéndola alguna distancia como buscando la abertura, casi invisible, de una picada secreta, algo así como un túnel tortuoso y oscuro bajo las espesas bóvedas flotantes, que atravesara todo lo profundo del bosque hasta la ribera del río, escondido entre dos inmensas parcelas de troncos y follajes cual una veta de plata a flor de tierra. Allí donde otros menos experimentos nada habrían visto, el jinete se detuvo. Cuiabertamente por ramas hojosas de molles y guayacanes había una entrada muy estrecha por la que solo podía penetrar de frente un jinete. El fugitivo apartó los ramajes con cuidado y su alazan, cual si reconociera el sitio, entrase por aquel túnel contorneado de arborescencias, quebran-

do los gajos tiernos con el pecho, y haciendo crugir bajo sus cascos los viejos troncos esparcidos a trechos en la sombría senda. Refrenóle su dueño con vigor y desde ese instante comenzó a avanzar paso a paso, caracoleando en prolongada serpiente y deteniéndose a veces por el obstáculo opuesto por recientes invasiones de la vegetación arbórea o ante curiosas empalizadas que los habitantes desconocidos del bosque levantaban en ciertos lugares. En los sitios donde existía el obstáculo el sendero se dividía en línea trifurcada siendo dos de los ramales más reducidos y angostos como obra de carpiño y otros moradores de la selva, viniendo a constituir la barrera artificial el vértice de dos ángulos.

Los senderos de los flancos llevaban lejos; los que en ellos se aventuraban se perdían en lo intrincado del monte. En cambio, traspuesto el obstáculo de la línea media, que era la recta, arribábase a la otra orilla después de una lenta y complicada travesía. El empalme de estas vías tenebrosas sólo era conocido por el contrabandista o el matrero, a quienes bastaba separar los troncos y el bosquejo formado por nutridas lianas o napindas dóciles y rastros, que al enroscarse en los árboles circunvecinos alargaban sus guías enormes por doquiera, para abrirse paso y continuar la ruta después de recubrir el paraje cuidadosamente. Estos senderos secretos se extendían a larga distancia bajo un cielo verde, en caprichosos giros, ora en ascenso, ya en declive, según las ondulaciones y accidentes del terreno sembrado de hojas y raíces, en medio del paisaje encantador, de helechos y nutridos brezos sobre los que zumbaba sordamente todo un mundo de átomos alados. Rara vez la planta humana hollaba aquellos sitios, verdaderos asilos ignorados del gaucho errante; y diríase ante su salvaje, pompa y virgen soledad la "smerrita vía" en la selva oscura del poeta. Troncos gigantes enlazados por graciosas guirnaldas de lianas y tucayos hasta formar tupidas redes en las bóvedas de las copas

confundidas; palmeras enhiestas asomando sus cabezas en el espacio a manera de colosales quitasoles del oriente; robustos "yatahis" y guayabos en estrecha alianza con las indígenas yedras trepadoras molles y laureles, agrupados en tumulto, añosos quebrachos y atrevidos ñangapirés elevando sus cúpulas en desorden, junto al duro espinillo y al tala espinoso, verdadero erizo vegetal que hiere y desgarras como un dragón que guardara el secreto de la floresta-; columnatas singulares, airosos capiteles, variadas volutas, elegantes cimborios simulados por miriadas de hojas y tupidas florescencias, y en la pradera sombría, como asaltando las bases y troncos de aquella hermosa vegetación secular, innumerables legiones de plantas selváticas irguiéndose con audacia para concluir en esbeltos tallos y trémulos penachos de vivos matices, o retorciéndose por el suelo cual prodigiosa nidada de serpientes".

Sin embargo, de esos montes debieron salir los ejércitos patrios, la carne de cañón indispensable, que oponer a la carne de cañón de los conquistadores. Los indomables matreros, condensación de libertades, se unieron al indio indócil, al mestizo desdeñado, al negro liberto, y constituyeron los primeros escuadrones sin disciplina ni experiencia, que oficiales improvisados lanzaron contra los soldados profesionales y veteranos, maestros en el arte de la guerra, a los cuales vencieron a fuerza de astucia, bravura y resistencia. En el paraje más escondido del monte, Ismael se reúne a un grupo de matreros que obedece a Venancio Benavidez, que ya prepara con Pedro José Viera, el alzamiento de los gauchos de la Banda Oriental contra las autoridades españolas. Poca elocuencia debe emplear el ex-cabo de milicias, tan simple e ignorante como sus hombres, para convencerlos de que deben marchar contra los godos. El godo era la autoridad civil y militar; el funcionario y el policía; el que venido de lejos se concedía todas las atribuciones y los derechos; el que perseguía al paisano delincuente;

el que arrancaba las contribuciones y en el reparto de las riquezas producidas por la naturaleza y el trabajo se reservaba la parte del león? Para qué saber más? ¿Qué entendían los tupamaros de independencia política, de Estado? Bastábales saber que iban a luchar contra sus enemigos naturales, es decir, contra los enemigos de su libertad, única divinidad que reconocían y a la que rendían tributo. Por eso Ismael y Aldama enviados por Benavidez a Viera con el siguiente mensaje: "Alvieron a Perico que ya es tiempo de sublevarse", no piden explicaciones, ni discuten, ni dudan. Montan sus fletes y cumplen su difícil misión sin un desvío ni una duda. Y llegan a la estancia de Capilla Nueva en pleno paro de rodeo, cuando todos los paisanos de las cercanías acuden atraídos por el prestigio de la faena campera, que dará lugar a un verdadero torneo de audacias, habilidades y hazañas de agilidad y de fuerza, y que será seguida de largas fiestas, juegos de taba, bravos entreveros entre guitarreros y payadores, y animados bailes en que el espectacular pericón se impondrá con su ritmo firme y cedencioso: "De una parte polleras y enaguas un tanto morenas sacudidas, dejando ver pantorrillas bien torneadas, cuando no tiasas cahilas enfundadas en medias de algodón crudo, o gruesas gambas desnudas a la vez que arqueadas en vaiven sostenido y airoso; de la otra parte chiripias flotantes, pieles de potro rascando el suelo, zancajos al descubierto con espuelas de grandes rodajas que sembraban rayuelas en la tierra, cuerpos flexibles adornados de cintos cuyas monedas de plata o botones de bronce difundían ruido de cascabeles, y largas meñés azotando los rostros trasudantes. El conjunto bizarro y pintoresco. Rocas, cosquilleos, visajes, amoricones, posturas provocativas, volteos de domadores, quiebro de mojiganga, risas y fraeses dominando el tañido de las guitarras."

Después de todo eso, la preparación para la guerra. Las armas es lo de menos. Facas inverosímiles, tercerolas llenas de orín, pistolas de ca-

ballería, trabucos imponentes, lanzas de moharra, hojas de tijeras de esquila, medias lunas de desjerretar y largos clavos cuadrangulares enastados en duras cañas de tacuara o recias varas de guayabo. Todo servirá, todo tendrá su empleo, todo hará buen papel frente a los fusiles, a las carabinas, a los sables y lanzas, a las bombardas y pesados cañones de bronce. Al amanecer toda la tropa ensilla, silenciosamente, en medio de la niebla de esa última mañana de Febrero y se prepara, inconcientemente, a abrir una nueva época en la historia de nuestro país. Como estaba convenido, Benavides y Viera se unen con su gente en el paso Denis del arroyo Asencio, y allí se inicia el levantamiento. De todas partes acuden voluntarios, conducidos por los vecinos criollos de mayor prestigio. Del Yí y el Negro, acuden Félix Rivera y su hermano Fructuoso, que tan honda influencia debería ejercer más tarde en nuestros destinos; de Maldonado, Manuel Francisco Artigas; de Arroyo Grande, Baltasar y Marcos Vargas; Jorge Pacheco de Paysandú; Vázquez de San José; Ojeda de Tacuarembó; Pintos y Laguna de Belén; Delgado de Cerro Largo; Márquez y Zúñiga de Canelones, Torgués del Pantanoso, Basualdo de Lunarejo. En pocos días toda la campaña está sublevada y los contingentes sólo buscan unirse para combatir al español y sólo esperan a su jefe supremo que será Artigas. Acevedo Díaz describe con mano maestra esas marchas pintorescas a través de las cuchillas semidesiertas, esquivando los destacamentos de soldados y marchando hacia la gloria o la muerte, pues no saben lo que les espera. La columna constantemente engrosada se va acercando rápidamente a Montevideo, objetivo de la insurrección, al galope de los incansables fletes criollos, hechos a la vida dura de los campos. Choques con los "godos" enviados de la capital en pequeño número por creerse que la insurrección no tiene mayor importancia. Corre la sangre abundante y generosa. Los escuadrones tempestuosos desbaratan la estrategia fría de los veteranos. Llegada de

Artigas de Buenos Aires con tropa de línea y cañones. Y después el encontrón decisivo de Las Piedras primera gran victoria de los orientales que obligó a los españoles a encerrarse definitivamente dentro de las murallas de Montevideo, erizadas de cañones y defendidas por miles de soldados, contra los que nada podía aquel ejército improvisado, casi desarmado, que afirmaba la voluntad de todo un pueblo de empuñar el timón de sus destinos.

Con las dianas de Las Piedras y la expulsión de la ciudad de los frailes patriotas se cierra esta novela maestra en su género con la que Acevedo Díaz inició, a la manera de Galdós, su serie brillante de episodios nacionales. He debido pasar por alto muchos episodios dignos de recordarse, muchas páginas de bronce en que describe la vida animada y bulliciosa del campamento, los entretremos heroicos, las marchas agobiantes, las justas bárbaras entre caballeros primitivos, el heroísmo inconsciente de las criollas que siguen a su hombre a través de todas las penurias de la campaña, y que no sólo lo auxilian y lo confortan sino que también pelean bravamente a su lado y saben morir como él con la sonrisa en los labios y un relámpago de ira en los ojos. Entre la parte puramente imaginativa y la parte puramente histórica de esta novela, y en general de todas las demás narraciones de esa clase de Acevedo Díaz, la primera es muy superior a la segunda y constituye el esqueleto y hasta la pulpa de la obra. Los personajes de su creación son mucho más interesantes y vivientes que los personajes reales que asoman aquí y allá para dar un tono de epopeya al conjunto. Eso se explica muy bien: el escritor tiene en sus manos sus criaturas, aquellas a las que ha infundido un soplo de vida y las ama como a cosa propia, como que son carne de su carne. Los personajes históricos, en cambio, esculpidos en el tiempo, son construcciones inmóviles y definitivas, cuyo curso hay que seguir paso a paso, salvo exponerse a violentar la verdad. Is-

mael, gaucho anónimo, joven tupamaro, simboliza la raza entera, condensa las virtudes y defectos de la humanidad a que pertenece. Los demás, por alto que estén colocados, por aspiraciones e ideales que representen, por mucho que hayan influido en los acontecimientos, no son más que episodios. Y que es arriesgado llevarlos a la novela lo prueba el mismo Acevedo Díaz, el que, como veremos más adelante disminuye el prestigio de sus páginas con interpretaciones discutibles o sistemáticas de algunos personajes históricos cuya acción no ha encarado con la debida independencia espiritual y afectiva.

Desde "Ismael" a "Nativa", -novela publicada entre 1889 y 90 como folletín en "La opinión pública"- transcurren diez años. Estamos en plena dominación portuguesa, cuando el caudillo Artigas combatido por todos sus enemigos y abandonado por sus amigos, se ha refugiado en el Paraguay. El Montevideo que describe Acevedo Díaz no es muy distinto en sus aspectos exteriores del de 1808. Todo parece limitarse a nuevos aires, esta vez lusitanos, godos antes. Los últimos tenientes artiguistas visten casaca portuguesa y prestan servicio en el ejército de los vencedores. Fructuoso Rivera, el más prestigioso de todos, es el más adulado y el más influyente. Luis María Berón, joven patriota hijo de un español radicado en la ciudad, es el protagonista de esta obra destinada a narrar sus peripecias al escapar de Montevideo, para incorporarse a un movimiento que fracasa. Obligado para salvarse a refugiarse en los montes de Santa Lucía, hace allí durante un tiempo vida de matrero en compañía de otros jóvenes patriotas, hasta que finalmente se incorpora a la columna en marcha hacia Montevideo, en 1825, después del desembarco de los Treinta y Tres en la Agraciada. Los amores de Berón con Natalia, hija de Luciano Robledo, dueño de la estancia "Los tres ombúes" llenan muchas páginas impregnadas de romanticismo, que culminan en el suicidio de Dorila, hermana de Natalia, enamorada tam-

bién del lindo y culto matrero, tan distinto a los demás hombres con que está acostumbrado a tratar. Hay aquí también animadas escenas de vida cimarrona, de campamento, marchas brutales, choques sangrientos como que el escenario y los protagonistas son los mismos que en "Ismael". Entre los tipos imaginativos destacan Cuaró, el teniente indígena, bravo, infatigable y fiel que representa a su raza en la legión de los libertadores del país: el viejo don Anacleto, capataz de "Los tres ombúes", dicharachero y jovial, excelente servidor, hombre de confianza de su patrón y de sus hijas; el negro Estegan, esclavo de la familia Berón que ha seguido a su amito en su arriesgada aventura y no se aparta jamás de él, sean cuales sean las circunstancias en que se halle; Ladislao, el matrero típico, que vive con su mujer, Mercedes, en medio del monte; Guadalupe la negra esclava de los Robledo, confidente de sus amas; Souza, el oficial portugués, valiente y pundonoroso, enamorado de Natalia, como Berón, pero sin esperanza. Entre los tipos históricos, Acevedo Díaz destaca a Leonardo Olivera, caudillo de una inútil intentona libertadora, exagerando indudablemente sus perfiles hasta darle estatura de héroe griego. Por otra parte, de las novelas de esta clase de Acevedo Díaz es en "Nativa" en donde figuran menos personajes históricos, por lo cual puede decirse que es la más novela propiamente dicha. Salvo los dos primeros capítulos titulados "Tiempos viejos" y "El medio ambiente", que son historia pura, casi todo lo demás está comprendido en el terreno de la ficción.

En cambio en "Grito de Gloria", la novela que le sigue, casi todo es historia, lo cual a mi juicio la perjudica grandemente como obra literaria, dando además a Acevedo Díaz ocasión para discutir apasionadamente algunos de los protagonistas de la campaña de 1825 que debería terminar cuatro años después con la independencia del país. "Grito de Gloria" es, cronológicamente, una continuación de "Nativa". Se inicia con una sombria des-

cripción del país después de la tarde trágica de Catalán en que fueron exterminados los últimos contingentes artiguistas capaces de oponerse a los veteranos ejércitos de Lecor. Después nos llama a Buenos Aires y nos introduce en el ambiente de los emigrados orientales que preparaban la famosa aventura que debía plasmar en abril de 1825. Todos esos hombres, ansiosos de pisar de nuevo la patria en son de guerra, pesan las probabilidades de su empresa, calculan sus consecuencias, dialogando con una sorprendente intuición del porvenir. Se deciden al presentarse el momento que juzgan favorable; envían sus emisarios a la Banda Oriental, y, finalmente, burlando la vigilancia de los barcos brasileños cruzan el río y desembarcan en el suelo que vienen a libertar. Aparte de algunas opiniones, Acevedo Díaz no hace en esas páginas más que repetir lo comprendido en crónicas y memorias bien conocidas.

Los cruzados se internan en territorio oriental, combaten con los dragones, de Laguna e incorporan soldados criollos y los matreros refugiados en los montes, entre los cuales se encuentran Berón, Esteban, Cuaró, Lodislao, y Anacleto, héroes de "Nativa". Más tarde es la incorporación de Fructuoso Rivera, sin la cual hubiera sido imposible la victoria desde que no solo el famoso caudillo disponía de tropas suficientes para derrotar a los expedicionarios sino que su prestigio en la campaña era enorme e indiscutido. Pero una vez hallado Berón, Acevedo Díaz prosigue con él el desarrollo de la epopeya. El hilo de la narración detenido vuelve a tomarse y Berón recupera entre tantos personajes superiores a él en jerarquía y significado histórico, su jerarquía de protagonista. El novelista hace hablar ahora a su criatura, infiltrándole sus propios pensamientos. En los momentos en que Berón juzga el mérito de los tres caudillos principales, Rivera, Lavalleja y Oribe, razona exactamente como Acevedo Díaz sesenta años después. Berón se decide a combatir con el jefe de sus simpatías: Oribe, y formando

parte de su escuadrón llega de los primeros hasta el Cerrito, a la vista de los muros de Montevideo en donde yace irresoluto y estupefacto Lector al frente de sus tres mil soldados inútiles. La aproximación a su ciudad natal, de la que se encuentra alejado desde hace años y en donde se encuentran sus padres y su novia, de los que ninguna noticia tiene, presta a Berón nuevos ánimos. Esos cien hombres que atisban desde la cima de la célebre colina capaces serían si se les ordenar, de asaltar las negras y formidables murallas que los separan del objeto de sus amores. Algo semejante ocurre dentro de la ciudad en la que se conoce ya la noticia de la invasión de Lavalleja, la incorporación de Rivera, las primeras derrotas de los soldados imperiales. Los patriotas ansían ardientemente el triunfo de sus bravos hermanos y así lo expresan en el secreto de los hogares, haciendo votos y rogando por su éxito a la Providencia. En la casa de Berón, situada en la calle San Fernando, todo es temor y regocijo a la vez. El jefe de la familia, don Carlos, viejo español que hasta poco había permanecido fiel a la causa de su país, reclamando su derecho a gobernar estas regiones, se convierte de golpe en patriota, considerando que un hijo suyo, sangre de su sangre, combate ahora contra los brasileños, a los que odia. La casa de los Berón como casi todas las de las familias acomodadas de aquel tiempo, está coronada por un mirador desde el que se divisa: "La Ciudadela con sus dos cúpulas chatas, la muralla del norte, la puerta de San Pedro, y más allá el campo, las colinas ondulantes y el montículo de la victoria. ... a la izquierda, por encima de las techumbres rojizas y de las casernas de piedra con sus medias naranjas cubiertas de verdín, las aguas en anfiteatro modelando la península, nuevas lomas airosas, y el cerro con sus faldas sembradas de viviendas dispersas como oscuros abejones en verde dosel. Los buques de la armada asomaban su cofas por encima de la isleta de la bahía a modo de lianas

confundidas entre árboles sin hojas". Desde este mirador, don Carlos, su esposa y Natalia que con ellos vive desde que fué preso su padre, todas las tardes interrogan el horizonte esperando ver llegar los patriotas al Cerrito, y con Ellos a Luis María en el cual tienen los tres puesto su pensamiento. Ese milagro se cumple un día cuando el escuadrón de Cripe, -aquellos cien hombres-, se alinean teatralmente en la cumbre del Cerrito y hacen flamear frente a la ciudad el nuevo pabellón libertador. El catalejo manejado por manos nerviosas y emocionadas no llega a hacerles distinguir si el hombre por el cual suspiran es uno de aquellos, pero a ninguno le cabe la menor duda de que es así. Por otra parte la negra Guadalupe, -emperatriz en investigaciones y en chismes-, ha encontrado dentro de la ciudad a Anacleto el viejo capataz, y a Esteban, el fiel asistente de Berón, que se hallan prisioneros. Ambos le dan noticias de Luis María, que llenan de alegría a todos.

Lecor duda, teme, espera. Por razones inexplicables no se atreve a atacar al escuadrón patriota que como en los tiempos de Culta pone sitio a una plaza fuerte que encierra fuerzas treinta veces mayores. Posiblemente lo cree vanguardia de un gran ejército y elude una emboscada. Los orientales tampoco se arriesgan, y permanecen en su elevada atalaya sin comprometerse en estériles aventuras. Berón hace vida de soldado pero sin mayores atractivos, vida de campamento y de vigilancia continua. Allí conoce a Jacinta, una china vestida de hombre, que surte a los patriotas de yerba mate, galleta y caña, elementos de vida indispensables a los soldados criollos. La ruda moza, de grandes ojos morenos y carnes ubérrimas, se prenda de inmediato de aquel lindo, delicado y rubio caballero, de ojos azules, al que las largas andanzas no han quemado la blanca piel. En el silencio de una noche de campamento se inicia entre ellos uno de esos idilios puramente instintivos que acercan en horas de plenitud física,

los dos sexos. El encanto fresco y silvestre de la criolla y la fuerza de la naturaleza vencen en Berón todos los escrúpulos y se entrega dócilmente a la nueva pasión que endulza sus fatigas diarias. Esas páginas, en las que Acevedo Díaz describe la vida y andanzas del destacamento patriota, pueden conceptuarse entre las mejores de la novela.

Con la columna de Bentos Manuel Ribeiro, que sale de Montevideo, hacia el norte, en busca del grueso de las tropas revolucionarias, van Esteban y Anacleto que encuentran modo de escapar y de incorporarse al escuadrón de Oribe que a su vez marcha también en busca de Lavalleja. La preparación de la batalla de Sarandí, batalla de gauchos y de caballería, está descrita minuciosamente, con los planes de ambos campos. Rivera, Lavalleja y Oribe se unen de un bando y del otro hacen otro tanto Bentos Manuel Ribeiro y Bentos Manuel Gonzálves. La acción se decide en un solo choque, en un solo encontronazo brutal, sin estrategia ni maniobras en que vence el más fuerte, el más entusiasta, el más decidido. No hay aquí astucia o audacia como en Rincón, no hay más que corazón, y eso basta para vencer. Jacinta combate como un hombre al lado de su amado Berón. Este, mal herido, es conducido por sus fieles amigos hasta la estancia de Robledo, que ya ha recuperado su libertad, en Santa Lucía. Allí encuentra a Natalia que lo cuida amorosamente pero que no puede impedir que muera. Todo su deseo de vivir, las buenas noticias que llegan de la revolución, la decisión del gobierno argentino de participar en la lucha poniéndose de parte de sus hermanos orientales no logran vencer el mal. El rubio guerrero exhala el último suspiro, suavemente, una mañana, entre los brazos de la novia desolada.

Desde aquí hasta "Lanza y sable" hay otro gran vacío en las novelas históricas de Acevedo Díaz. Entre una y otra pasan nueve años. Escrita mucho después que las anteriores, "Lanza y Sable", que describe una de nuestras revoluciones intes-

tinias, la de Fructuoso Rivera contra el Presidente Oribe, es notablemente inferior a las nombradas y se resiente demasiado de las opiniones partidistas del autor. Encuéntrase también aquí hermosas páginas descriptivas de nuestra campaña, de las costumbres de sus habitantes de entonces, tipos bien estudiados, originales y pintorescos. Pero el propósito capital del autor sobresale demasiado, y convierte la obra entera en una especie de alegato en favor de Oribe, cargando las tintas en todo lo que se refiere a su afortunado rival. Ya desde "Nativa" puede notarse la irritación de Acevedo Díaz contra Rivera, pintándolo en forma descomedida e injusta, obedeciendo a un propósito sistemático y perseverante. Pero a pesar de todo, Acevedo Díaz no puede ocultar la admiración que siente por el famoso gaucho que heredó el ascendiente de Artigas sobre la población de nuestra campaña y que condensó en su persona las más viriles virtudes de la raza. Treinta y tres páginas de "Lanza y Sable" están dedicadas a hacer un retrato de Rivera, un retrato extraordinario en el cual se filtra sin que el autor lo note, esa admiración por el hombre que combate y que, entre todos los personajes históricos que describe, en el único que tiene pasta y estatura de caudillo. El hecho de que Rivera lo preocupe tan intensamente comprueba la atracción que ejerce sobre él, resultando pálidas y desteñidas las descripciones que hace de Oribe y de Lavalleja, a pesar de tener siempre para ellos frases de elogio, pero de un elogio tibio y formalista que se ve bien claro que no reposa en otra cosa que en un "parti-pris" que no encuentra motivos a expandirse ni a fructificar en las tramas de sus novelas. Fanfarrón, dicharachero, manirroto, mujeriego, jugador, ambicioso, aparece Rivera a través de Acevedo Díaz, pero también es valiente hasta la temeridad, simpático con las damas, bondadoso con sus subalternos, audaz, habilísimo en el combate, insuperable baqueano que conoce todas las rutas picadas, escondites, sierras, arenales,

lagunas de nuestro campo; infatigable en las marchas, en la pelea, en las diversiones y en el amor; violento pero no rencoroso; corajudo pero jamás sanguinario; y sobre todo, gaucho, gaucho tanto como cualquier otro, más que cualquier otro, buen jinete, buena lanza, buen diente, buena palabra, buen sentimiento. ¿qué tiene de extraño que un hombre así arrastre a los paisanos que ven en él a un superior porque tiene sus mismos gustos, sus mismas virtudes, sus mismos defectos? El hombre culto de la ciudad quizá sentiría un poco de desdén por aquel gaucho indócil y libre que no se sujetaba a convenciones ni sabía compartir sus refinamientos. Pero, ¿cuántos eran en aquella época los hombres cultos? Estoy seguro de que la lectura de las novelas históricas de Acevedo Díaz ha hecho nacer contrariamente a los propósitos del autor, muchas simpatías por Fructuoso Rivera, al cual convierte involuntariamente, en un personaje de leyenda, como lo fué en realidad. A través de los años, lejos de aquella época heroica y bárbara, llega todavía hasta nosotros la radiación de esa vida extraordinaria, llena de episodios jugosos, inquieta y bohemia, desorbitada y encantadora, que en el fondo de nuestras aspiraciones ocultas quisiéramos que fuera la nuestra, porque contrariando prejuicios y limitaciones convencionales represente una venganza del espíritu de la libertad sobre las estrecheces y las tiranías del régimen y los rencores de la impotencia. Inútil es que Acevedo Díaz acumule cargos, que ahueque la voz, que condene con gesto inapelable de juez, como a los españoles, como a los portugueses, como a los argentinos, como a los brasileños, Fructuoso Rivera, sonriente y casi fantástico, se le escapa siempre, burlescamente, de entre los dedos, como un humo o como una visión. Veinte líneas de reconconvenciones se ven deshechas como un escuadrón en derrota, por una sola frase aguda del caudillo, por un gesto suyo, por una de sus vivezas, por una de sus generosidades, por una de sus conquistas femeninas. Se

escurre elástico e invulnerable a los mandobles mortales que contra él lanza el novelista, como se escurría de las garras de sus enemigos sin dejarse oír ni adivinar, real y quimérico, verdad y fantasía, para ir a aparecer, sano y salvo, lejos de su alcance. Esta novela no entra ya tanto en la calificación de novela-histórica como en la de novela-política, género tan bueno o tan malo como cualquier otro según sea el talento del autor y el modo como lo aborda y desarrolla. En "Lanza y Sable" está, indiscutiblemente, el novelador hábil y fuerte de los anteriores libros, pero está también, más que eso, el fanático, el propagandista de determinada bandera, el irreconciliable con los adversarios políticos, el hombre de combate que no busca convencer, atraer, comprobar, sino destruir y matar. A tanto llega la exageración que basta que un personaje de "Lanza y Sable" pertenezca a la agrupación preferida por el autor, para que sea noble, simpático, valiente, intachable, sucediendo todo lo contrario si pertenece al bando enemigo. Desciende así el novelista a una visión falsa e infantil de los hechos y de las cosas, violándolos conscientemente empujado por su pasión que por sí sola malogra todo lo bueno que hay en ese libro.

Escrita años después de sus demás novelas, pueden notarse en "Lanza y Sable" algunas influencias de la escuela realista-naturalista en boga entonces. Pero esas influencias que se transparentan sobre todo en algunas descripciones y en ciertas reflexiones, no son bastante fuertes para dar a este libro un carácter especial y propio. El temperamento del autor -el mismo desde la romántica "Brenda" hasta este libro que pretende estar de acuerdo con el último clisé literario- es el que impone su orden, su norma, su personalidad. El estilo es también el mismo de siempre, vivo, musculoso, varonil, plástico.

→ "Soledad", constituye un capítulo aparte en la obra de Acevedo Díaz. Escrita después de "Grito de Gloria" apareció en 1894, llenando así el

sobre el tema
 Reading

hueco entre esa novela y "Lanza y Sable". El autor la subtituló "Tradición del pago", y así lo es, pero del pago grande que es toda la patria. Escrita en capítulos cortos, con estilo muy cuidado, es menos extensa que cualquiera otra de sus novelas, pero más sólida, más bien estructurada y concluida. En ciertos momentos adquiere un carácter poemático muy interesante, que nos informa hasta dónde hubiera podido llegar el autor si hubiera seguido cultivando ese género. Sus personajes son símbolos. Sus dos protagonistas se llaman Pablo Luna, "el gaucho trova", y Soledad, nombre magnífico que da la visión entera de la naturaleza bravia y solitaria de nuestro terrano. Pablo Luna puede ser muy bien la raza criolla, el paisano callado, melancólico, vengativo, y Soledad, el campo silencioso y salvaje con el que el paisano se desposa. Desde que se ven una fuerza irresistible los lanza uno en brazos del otro, impulsados por el imperativo categórico de la ley natural. Su idilio en medio del campo tranquilo, "en la noche de atmósfera serena, tibia, saturada de aromas silvestres, llena de suaves fulgores el espacio, y el monte de móviles luces estincelantes sobre las bóvedas frondosas", tiene la fatalidad y la grandeza de las escenas de la literatura antigua. Casi no hay palabras en él, ni gestos, ni esa estrategia amorosa que no es otra cosa que un producto artificioso, y delicioso, de la civilización. Ni uno ni otro tienen plena conciencia de lo que les sucede, de lo que realizan, empujados y envueltos en la misma tromba pasional e instintiva. Se aman sin complicaciones, casi como las bestias que los rodean, y cuando satisfacen el instinto se apartan de nuevo, aunque quedan unidos para siempre. La posesión es un título de propiedad que respetarán uno y otro, él con sus derechos de hombre-amo, ella con su pasiva sumisión de hembra conquistada. Y uno y otro no pensarán ya más que en huir, en alejarse, para constituir una nueva familia, un nuevo brote humano en otra parte, lejos del lugar habita-

do, en donde nadie pueda venir a estorbar su idilio silvestre, de suspiros y mordiscos, que no tendrá más testigos que los pájaros amigos y las estrellas discretas y calladas.

Pero estos dos personajes, por sí solos, no componen un drama. Es necesario el obstáculo para que el ciego ímpetu pasional arrastre todo como el río desbordado. Don Brígido Montiel, dueño de la estancia en que Pastor Luna trabaja, sorprende los amores de su hija y el gaucho indócil y enigmático que nunca se sabe de dónde viene ni a donde va. El estanciero lo insulta y lo golpea en presencia de la moza y esa no es ofensa que el gaucho pueda olvidar. Una venganza atroz germina en su mente, primitiva: le prende fuego al campo del altivo estanciero un día de fuerte viento. Los pastos resecaos por el verano arden como yesca. Bien pronto todo es un inmenso océano de llamas. [La descripción del incendio es una de las escenas más impresionantes de todas las que han salido de la pluma de Acevedo Díaz.] Por casualidad Manduca Pintos, estanciero vecino, con el que Montiel ha resuelto casar a Soledad, se halla en la estancia. Al darse cuenta de lo que ocurre, Pintos huye para ponerse en salvo y no encontrando a Montiel se alza con Soledad aterrada que apenas opone resistencia. Pero en el momento de salvar la última barrera de fuego aparece Luna, el que casi sin lucha lo mata y lo despeña por el barranco ardiente. "Pablo Luna alzó a Soledad en sus dos brazos con indecible rapidez, trepó con codos y rodillas el repecho a semejanza de una fiera poderosa que arrastra su presa a la guarida, pisó firme, el terreno libre, orgulloso, alto, vencedor, y expandió sus alientos contenidos, sus cóleras, sus odios, sus amores, en un grito bronco, gutural, salvaje. El alazán bufó espantado. Un momento después Luna con su carga le hacía sentir la espuela dirigiéndose a una abra de la sierra. Detrás dejaba un horizonte rojo y montes de pavesas; por delante se abría el desierto vestido a esa hora de luto y se alzaban como mudos

gigantes las moles de los cerros. Y cuando ya lejos de la densa humareda pudo ostentarse diáfano el cielo, alumbraron sus pálidas estrellas al jinete que a grupas llevaba la guitarra, confidente amada de sus dolores, y en brazos una hermosa, último sueño de su vida, adusto, altanero, hundiéndose por grados en los lugares selváticos como en una noche eterna de soledad y misterio".

Con esta escena simbólica termina esta leyenda que bien merece el nombre de bárbara, construida toda ella con elementos salvajes, atravesada por un huracán de pasión, entre ulular de perros cimarrones, el encontronazo de voluntades varoniles, la agonía del campo sacrificado a la venganza, el crimen brutal y el rapto de la hembra. Parece que nos encontráramos en una época lejanísima de la humanidad, cuando estaban aún despiertos en el corazón del hombre los instintos de la fiera, su rival, que le disputaba todavía el imperio del mundo. La fuerza es allí el único elemento dinámico del destino, la tragedia la única salida posible en todas las disputas humanas. El individualismo nacido de la vida errante y solitaria entre las cuchillas desiertas, hace que dos hombres que se encuentren sean siempre enemigos, y se preparen para la palabra sangrienta, el salto elástico o el zarpazo mortal. En las reducidas tareas del campo que impone la yerra, la esquila o el rodeo; en las ruedas tumultuosas de las pulperías; en las fiestas clásicas, las carreras, la sortija; en los bailes en los que el hembraje excita la agresividad y el amor propio de los verones; y sobre todo en el amor, un amor puramente instintivo, violento y pasajero como todas las pasiones primitivas, el hombre no puede soportar la presencia de otro hombre, considerado desde el primer momento como un rival que sólo por puro gusto, por probar que es el más valiente, le disputa la presa. En ese marco sombrío desarrolla "Soledad" su leyenda de fuego y muerte, sólo redimida en breves pasajes sin respuesta, por cortos rasgueos de guitarra, mane-

jada por manos simples, inspiradores de cantos lentos y melancólicos que se adormecen al atardecer sobre los gramillares de las cuchillas. El "gaucho trova" como Ismael, expresan en su lengua ruda y sin matices sus sentimientos poco complicados, rudos y sin matices también, y hieren corazones hechos para comprenderlos y emocionarse porque interpretan, magnificándolas con la sugestión del ritmo musical y la magia de la caja sonora, las íntimas realidades de sus existencias. Aquellas naturalezas bravías sólo se agrupan espontáneamente en redor de un caudillo valiente o de un hábil payador; sólo los polariza el prestigio de la fuerza o el imán de la melodía que estrema las oscuras reconditeces de sus almas vírgenes. Caen el caudillo o calla el payador, y se dispersan de nuevo por los campos sin límites buscando la reconquista de su huraña personalidad, pero acompañados por ritmos inextinguibles ya en sus oídos y en sus labios y por recuerdos de gesto que los envuelven en una atmósfera heroica de cálida palpitación.

Además de estas novelas, Acevedo Díaz escribió varios cuentos y narraciones de índole criolla que deben tenerse en cuenta al aquilatar su obra literaria, destacándose entre ellos "Minés" y "El combate de la tapera", en los que están de manifiesto sus sobresalientes condiciones de escritor terruñero y vigoroso que tan justo renombre le han dado entre los escritores del Uruguay y de toda nuestra América.

---oOoOo---